

Se cuentan todas estas cosas familiares, íntimas, de radio corto, no por novelaría o ganas de echar la tarde, sino porque tendrán luego una importancia capital en la poesía de Panero. Éste, escribiendo del *Ocnos* de Cernuda, otro libro de recuerdos de infancia y juventud, decía justamente que no creía que «ningún poeta puede vivir y expresar con autenticidad más tierra y más gente que la propia». Cada recuerdo familiar, los paisajes de la infancia, la yedra de la casa de Astorga, todo ello lo encontraremos en todos y cada uno de los versos que escribió, apenas transformado, dejado allí con el amor que se pone en los recuerdos felices.

Tras ese internado, Leopoldo, que quiso entrar en un primer momento en la Academia Militar de Ingenieros de Guadalajara, empezó como su hermano y Gullón la carrera de Derecho. Tras un año en que tampoco pudo librarse de ir a Valladolid (ciudad impar), se instaló en Madrid. Hablamos ya del año 1927.

Los comienzos literarios de Leopoldo Panero son oscuros. La consideración de poeta la tenía más bien su hermano mayor Juan. En 1929 Leopoldo contrajo una débil tuberculosis y la prescripción médica le llevó a un hospital del Guadarrama, donde adquirió, como tantos otros que pasaron por el mismo trance, una gran pasión por la lectura. Allí conoció a la hija de un médico, contagiada también con la enfermedad, y con ella estableció una larga correspondencia amorosa (que aún se conserva, si es que tampoco se ha dado al traste).

A esta Fermina Márquez, Leopoldo le dedicó un largo poema, pero los que escribía entonces no se los enseñó a nadie, si acaso a su hermano.

Después de la enfermedad se instaló de nuevo para la convalecencia en Astorga. El grupo de Astorga lo formaban Juan, Luis Alonso (que ya había publicado un primer libro de versos), Gullón y Leopoldo. A ese grupo lo llamó Gerardo Diego «la Escuela de Astorga», y aunque parezca que hay cierto pitorreo en esta formalización de la historia, no se crea, la ocurrencia estaba formulada perfectamente en serio.

La vida de Panero en Madrid, en pensiones, junto a su hermano, fue determinante.

Según Gullón, Leopoldo tendía entonces al marxismo, frente a Juan o él mismo, republicanos de izquierda. En cuanto a la literatura, Leopoldo y su hermano admiraban a los poetas del 27, sobre todo a Guillén, cuyo primer *Cántico* llegó Leopoldo a aprenderse de memoria. Fue sin embargo la amistad con César Vallejo la que conmocionó su vida.

Conoció Panero a Vallejo ya proclamada la República, lo seguía por Madrid, admiraba sus versos, aceptó sus teorías políticas de un comunismo de raíces cristianas, se prendió en la solapa una insignia de plata del Parti-

do Comunista, y le invitó incluso a su casa de Astorga, donde el poeta peruano pasó una corta temporada.

Fue por ese tiempo, del año 28 al 32, cuando Leopoldo empezó sus colaboraciones creacionistas, ultraístas y surrealistas en algunas revistas juveniles. En una de éstas, la llamada *Brújula*, publicó sus primeros versos vanguardistas, y en otra, llamada *Nueva Revista*, una defensa encendida de Huidobro.

El descubrimiento de Guillén y poetas como Diego y Lorca le influyeron como influían entonces los poetas, pero fue él, junto a poetas como Rosales o Bleiberg, más jóvenes que los jóvenes maestros del 27, quienes contribuyeron a soltar las amarras del lenguaje irracionalista y más extremoso de la vanguardia. Poco a poco fueron sustituyéndolo (frente a Góngora) por los aires más frescos de Lope y la lírica tradicional que poetas arrinconados por el 27, como Machado, Unamuno o Juan Ramón, habían traído a la lírica española.

Años más tarde, en 1954, Panero se referirá a aquella época juvenil de ardores vanguardistas. Los vanguardistas «es justo reconocer que se pasaron de la línea, que es como llaman los ingleses al verso», nos dirá en alusión a la antología de Diego, a la que no obstante seguía reconociendo cierta gracia y candor.

Hasta entonces la personalidad poética de Panero estaba diluida en las formas generales de la tendencia, y sus poemas se confundirían con los de otros muchos de entonces. Es a partir de 1932, al principiar la redacción de *Versos al Guadarrama*, cuando empiezan a aparecer las constantes de su obra: poemas de largo aliento, contemplativos, serenos, reflexivos, de escritura sencilla. Están lejos de lo que serán sus poemas de madurez, pero está dado el primer paso.

Poco antes había publicado en *El Sol*, en octubre de 1931, un elogio que tituló «Antonio Machado en la lejanía», y poco después, en noviembre, otro, «Unamuno, poesía y vida».

También, desde un punto de vista teórico, estaban dados sus primeros pasos en esos dos artículos.

Del primero de esos dos poetas, también años más tarde, nos dirá Panero: «Es preciso tener en cuenta que los poetas de mi generación hemos vivido en una perpetua encrucijada de tendencias estéticas, y nos hemos visto forzados a rehacer «desde dentro» nuestra concepción de la poesía. En eso como en todo mi guía más seguro ha sido don Antonio Machado».

En cuanto a Unamuno, no era menos ambiguo: «Contemplar es olvidarse un poco de sí mismo». Hubiera podido ser la divisa poética del propio Panero.

Los *Versos del Guadarrama*, escritos entre 1930 y 1939, no los publicó Panero hasta 1945. En realidad Panero publicó muy pocos libros, lo que

no le privó de la alta consideración en que le tuvo siempre la cofradía de los poetas.

Panero, que tras terminar Derecho había viajado a Poitiers, donde permaneció un año con el propósito de aprender francés para ayudarse en el ingreso en la carrera diplomática, decidió en 1932 irse a Inglaterra, Cambridge, para aprender inglés. Aprendió inglés, desde luego, pero existen también testimonios de su activa colaboración con organizaciones comunistas internacionales e inglesas, lo que sirvió, años después, de base para una acusación que estuvo a punto de llevarle a la tapia de un cementerio.

A su regreso en 1934, Panero compartió pensión con un joven granadino, el poeta Luis Rosales, que sería con el tiempo, y hasta su muerte, el mayor y más íntimo amigo de Panero.

Según todos los testimonios, que se han multiplicado estos últimos años, el ambiente de Madrid, y de España, estaba en permanente ebullición, tanto política como literaria.

En 1934 llegó Neruda a Madrid. Vino a conquistarlo, como don Pedro de Valdivia había ido, cuatro siglos antes, a conquistar Chile. En pocos meses y con mañas arteras el chileno logró dividir el campo poético español. Cuando creyó dejar fuera de batalla a Juan Ramón Jiménez, entre los viejos, la emprendió con Juan Larrea, amigo de Vallejo. Leopoldo, al igual que otros muchos poetas españoles, entre los que se contaban la mayor parte de los del 27 y muchos de los más jóvenes, se apresuraron a adherirse al homenaje que el propio Neruda se organizó a sí mismo. Pero a esas alturas, de la mano de Machado y de Unamuno, el camino poético de Panero no tenía retorno. Veinte años después el poeta de Astorga respondería al *Canto general* con su *Canto personal*. No sólo se enfrentaban dos concepciones del mundo, sino de la poesía, y nadie recordaba aquel remoto homenaje.

Panero, que también había coincidido en 1935 con Unamuno en Inglaterra, volvió de allí una semana antes de que estallara la guerra, y se dirigió como todos los veranos a Astorga, donde le sorprendió la rebelión.

Ya hubo otra ocasión donde quedó contado lo que en aquellos primeros meses de la guerra sucedió.

Juan se incorporó como oficial de complemento en el ejército, y Leopoldo esperó, metido en casa, a que la situación escampara, pero cuando creía pasado el peligro, él y Ángel Jiménez, novio de su hermana Asunción, compañero de carrera de Leopoldo, fueron detenidos y conducidos al antiguo Hospital de Peregrinos, a la sazón convertido en cárcel de San Marcos.

Las acusaciones fueron en ese caso las habituales en aquellos días: viejas discusiones políticas en el *Café Universal* de Astorga de las que alguien guardaba vengativa memoria, apoyo público a un candidato del partido de Azaña, ideas sobre el progreso, leer en público *El Sol*... Entre las acusacio-

nes formales más graves estaba la de creerle del Socorro Rojo, a quien habría servido en Inglaterra, así como la de ser amigo de Elías Ehrenburg, el periodista soviético, todo lo cual, dicho sea de paso y sin que ello sea una condena, era verdad.

A los pocos días Asunción y su hermana María Luisa bajaron de Astorga para verlos. Los encontraron con el pelo rapado, insomnes, sucios y demacrados.

La noche del 1 al 2 de noviembre, diez días después de la detención, sacaron a Ángel y le dieron el paseo en unos desmontes cercanos. Cuando Panero se enteró, llamó a un oficial amigo de su familia y le entregó el reloj y la cartera para que se los hiciese llegar a los suyos, porque sabía que después de matar a los presos los saqueaban.

Pese a que Juan Panero paraba por entonces durante los permisos en León, en casa de los Torbado, no le fue posible ver a su hermano, y tampoco lo intentó.

La detención de su hijo hizo que el padre, que había dado muestras de entereza y hombría en los primeros días de la guerra, se viniese abajo. Los testimonios que existen nos hablan de un hombre ya viejo, aniquilado. Esa fue la razón por la cual la madre, una mujer de carácter más fuerte y expeditivo, decidiera, ante la muerte de su futuro yerno, hacer lo posible para salvar al menos la vida del hijo. Viajó hasta Salamanca y se entrevistó con Unamuno, que conocía a Leopoldo, pero aquél le desaconsejó que se sirviera de su influencia porque él mismo había ya caído en desgracia y temía que su recomendación hiciera el efecto contrario del que se pretendía. Entonces pidió doña Máxima audiencia a su prima Carmen Polo, mujer de Franco, a quien mostró las cartas de su hijo desde Inglaterra lamentando su indigencia y pidiendo dinero, y los recibos de los giros que la familia le había remitido, coartada que desmentía la acusación de estar a sueldo de la organización comunista, al tiempo que probaba su inocencia, en la cual su madre creía, ignorante de las actividades de su hijo antes de la guerra.

El 18 de noviembre le pusieron en libertad y Panero regresó a Astorga, donde no obstante siguió viviendo sobresaltado, medio huido y escondido en casas de amigos y parientes. Cuando comprendió que tampoco así estaba a salvo, se decidió en consejo familiar mandarle al ejército, donde un pariente, comandante de infantería, lo metió en la unidad que mandaba.

A este episodio siguieron algunos meses de relativa tranquilidad, hasta agosto del 37, en el que Juan perdió su vida en un accidente de automóvil, cuando viajaba entre León y Astorga.

Según Gullón esta muerte, unida a la de Ángel Jiménez, así como la persecución que padecieron Leopoldo y el padre de éste, desmedraron tanto la alegría de aquella casa, que jamás volvió a conocer ésta los alegres días de la preguerra.